

San Petersburgo

¡Por fin se cumplió mi sueño! He estado en el sitio que me faltaba por ver. El resto, ya no me importa, siendo consciente de que algo interesante siempre quedará por visitar, probablemente por encontrarse en alguno de los lugares más insospechados, a los que no se me ocurrió o no tuve la oportunidad de ir. El mundo todavía se muestra proclive a depararnos sorpresas, más de las que nos imaginamos, pero para eso hay que estar dispuesto a querer buscarlas de verdad y, en lo que a mí respecta, con este broche de oro, doy por clausurado tales afanes. Lo que venga, si viene, llegará desde las ansias tranquilas que dan los años y los deseos consumados.

San Petersburgo no me defraudó en absoluto, se correspondió con lo que esperaba, que no era poco. Llegas al aeropuerto de Pulkovo, malo y desfasado, llamativamente insuficiente para el trasiego de personas que tiene que soportar. Procura que te espere alguien previamente contratado para que te transporte a tu hotel. Según te vas aproximando a tu destino, lo primero que te impresiona son los innumerables edificios, auténticas colmenas, todos iguales, que forman los barrios periféricos. Te retrotraen a los tiempos de la Unión Soviética. Cuando arribas a la ciudad, cuyo centro ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad, todo cambia de repente. San Petersburgo es muy hermosa, lo digo ya, sobre todo si tienes la fortuna de asociarte con el buen tiempo, que por aquí sí es una agradable compañía. La ciudad te espera con su río, el Neva, y con sus canales enmarcados en piedra de cantería y con sus múltiples puentes, ocho de ellos levadizos, grandes y pequeños, como el del Palacio, el de Pedro el Grande, el de la Trinidad, el del Banco, el Egipcio, el de los Leones, y tantos otros, que le aportan un no sé qué de veneciano. Mires por donde mires, todo orillado de hermosos edificios. Y, por supuesto, tiendas de lujo y coches de lujo. Si decides, por un momento, dejar de soñar, también verás la otra cara de la moneda, viejos coches sucios y destartados, mujeres mayores trabajando en los museos para lograr un sobresueldo, que dicen que para el pueblo liso y llano la vida está muy achuchada, y aquel hombre todavía joven, allí tirado sobre la piedra de la acera de una calle bastante céntrica, a las doce horas del día, acurrucado sobre sí mismo, y con un reguero de su incontrolada meada, que se adivina reciente, surgiendo de debajo de su cuerpo. Como todos los que por allí pasan, casi me resisto a mirarlo, quizás porque su imagen me acerca demasiado a las debilidades del hombre. Por lo demás, creo que no me equivoco si digo que San Petersburgo no es más peligrosa que otras grandes capitales europeas.

Esa ciudad tiene una calle, su calle de todas las calles, la avenida Nevsky, con sus 4,5 km que me recorrí al completo. Es, por supuesto,

la más concurrida, no digamos si hace bueno, y allí me hallé con lo que tanto me habían asegurado. Mires por donde mires, te encontrarás con las hermosas mujeres de Rusia, que yo las vi estilizadas, tímidas, con su cara dulce, casi de muñeca, y su piel de porcelana y, sobre todas las cosas, sus ojos claros y profundos, que te entran ganas de no querer perderlos nunca de vista, y también sus piernas largas, terminadas invariablemente en unos zapatos de largos tacones. Le escuché a alguien una ocurrencia oportuna, que si por aquellos lugares no hay mujeres feas, es porque las deportan a Siberia. Ah, también me encontré con lo que parecía un general, que se le notaba a ojos vista orgulloso de serlo, acompañado de su endiosada señora. Lo de su alta graduación lo afirmo en base a la cantidad increíble de medallas que cubrían absolutamente toda la delantera de su uniforme, y si digo toda es toda. También se ven soldados, muchos más de lo acostumbrado por nuestras latitudes. En un momento dado del trayecto me dio por entrar en un viejo comercio, en una calle lateral, y allí una vieja señora me sonrió ampliamente. Pude así comprobar que ostentaba orgullosa un diente de oro y me sentí, de repente, transportado a lejanos tiempos.

Dije ya que yo recorrí toda la calle Nevsky, su famosa calle, y digo la verdad. Lo hice a sabiendas de que afrontaba un largo paseo. Lo hice a conciencia, porque sé que es caminando como se conocen realmente las ciudades. Lo hice para poder observar los muchos monumentos y cuidados edificios que rodean esa calle, que de noche lucen espléndidos bajo la luz de una iluminación para la que no han escatimado en recursos, aunque esto último solo pude comprobarlo en el ámbito de una zona limitada. Partiendo del Almirantazgo nos vamos a encontrar con: el gran edificio de un hotel solo para ricos, el Taleon Imperial, en el que merece la pena entrar y, si las posibilidades económicas lo permiten, comer en su terraza; el edificio modernista de la casa del libro -Dom Knigui, en ruso-, en el que cuando sales te pueden pedir que enseñes la factura, por si acaso; el Teatro Alexandrinsky; la catedral de Nuestra Señora de Kazán, imitando descaradamente al diseño de



Bernini para la Catedral de San Pedro en Roma; el Palacio de los Beloselsky-Belozersky, y tantos otros edificios y monumentos, imposible referirlos y recordarlos, hasta llegar a encontrarte otra vez con el río Neva y el Monasterio de Alejandro Nevsky, que incluye un cementerio de personajes tan ilustres como Tchaikovsky y Dostoievsky, “el mejor conocedor del alma humana de todos los tiempos”, que él sí cumplió condena en Siberia. Por el camino, ya casi al final del recorrido, se puede considerar muy lícito y hasta recomendable hacer una merecida parada, que, como fue mi caso, sirvió para comer un beef stroganoff, por muy poco dinero, en Paulaner Nevsky. Os lo aseguro, uno de los

platos mejores que comí en mi vida, inolvidable, no sé también si por inesperado. Debo añadir que en la calle Nevsky se encuentra así mismo toda una institución, el lujoso y clásico hotel Europa, de visita obligada, aunque solo sea, si el presupuesto no da para comer en uno de sus cinco restaurantes temáticos, para tomar una copa en su bar. En él te encontrarás con la presencia bien evidente, aunque tú capacidad de observación sea de las muy limitadas, de mujeres llamativamente jóvenes en relación con la edad de sus acompañantes.

No se concibe San Petersburgo sin el Hermitage. Ocupa, entre otros edificios, la ex residencia de los zares, el conocido como Palacio de Invierno. Dentro: un tesoro en pintura, pero el edificio y todo el entorno



que las contiene no desmerecen. La belleza del conjunto (Palacio de Invierno, Hermitage Pequeño y Gran Hermitage), tanto por dentro como por fuera, la amplitud de las salas y la plaza que te encuentras cuando llegas al lugar, la plaza Dvortsovaya,

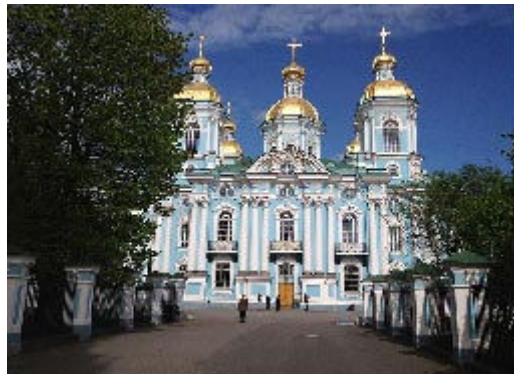
con su columna de Alejandro, no podrán dejar de sorprenderte. El

museo contiene pintura rusa, por supuesto, española, alemana, británica, flamenca, holandesa, italiana, pero también muchos otros tipos de arte, moderno incluido. Te encontrarás con cuadros de Leonardo de Vinci, Rembrandt, El Greco, Velázquez, Rubens, Gauguin, Matisse, Picasso y, desde luego, del ruso Kandinsky, el precursor de la abstracción en pintura. Para qué seguir citando nombres, la lista sería para nunca acabar. Por supuesto, también está muy presente la escultura. No hay arte que no esté representado en el Museo. Te faltará tiempo, de todas todas, siempre, para terminar considerándote satisfecho de tu visita, nunca serás capaz de cumplir con tu objetivo de verlo todo. Eso sí, siempre te quedará el recurso de hacer fotos con total libertad, lo que no sucede por el mundo en tantos otros museos de evidente inferior categoría.

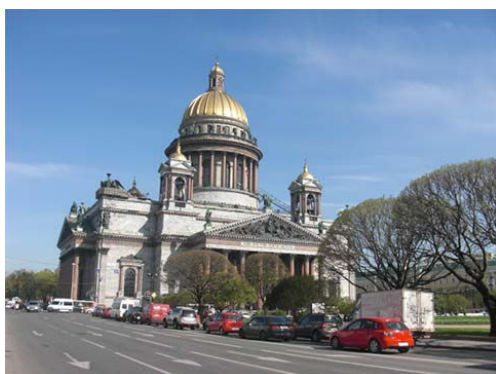


Vassily Kadinsky, Composición VI

Repartidos por toda la ciudad, muchos y vistosos monasterios, iglesias y catedrales. Pero hay uno, entre todos, con el que tropiezas a cada paso. A mí me sucedió. En el panorama de San Petersburgo, desde muchos puntos se puede contemplar el conjunto de las nueve cúpulas de la iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, donde en mis andares y desandares acabé tantas veces. El templo fue erigido en el malecón del canal de Griboyédov, en el preciso lugar donde el 1 de marzo de 1881 fue mortalmente herido por el terrorista Ignaty Grinevitsky el emperador Alejandro II, que entró en la historia de Rusia como liberador del campesinado de la servidumbre de



la gleba. La concepción artística de la iglesia se asemeja a los modelos de la arquitectura de Moscú. El templo se puede considerar una joya en el sentido literal de la palabra. Muy cerca queda el Museo Ruso, que si por un milagro te queda tiempo puedes visitar. Guarda una colección de arte internacional, una colección de iconos, así como otros contenidos. También próximo se encuentra el Museo Pushkin, lugar de peregrinación del más popular de los escritores rusos, autor de la novela en verso Eugenio Oneguin, que si te lo pierdes no pasa nada. No te olvides de visitar, en cambio, la hermosa y recargada catedral de San Nicolás del Mar, símbolo de San Petersburgo como ciudad marítima y ejemplo del barroco ruso. La abundancia de elementos decorativos y el dibujo de las barandillas de los balcones hacen un juego armonioso con las cinco cúpulas doradas. Lo más sagrado y valioso del templo es su conjunto de iconos, especialmente el de San Nicolás. Este icono fue robado y sacado de Rusia en 1812 por los invasores franceses y devuelto al templo en 1835. Separada de la catedral, la torre del campanario forma parte de una composición espacial única.



Otra catedral que también merece la pena ver es la de San Isaac, la más grande, constituida por un gigantesco edificio revestido de mármol, rematada por una enorme cúpula central, con sus cuatro pórticos ornamentados con 72 columnas de granito; en su construcción participó el ingeniero español Agustín de Bentacourt. El soberbio conjunto de la plaza de San

Isaac es un eslabón de la grandiosa cadena de plazas que se extiende en la margen izquierda del Neva. Esta plaza ocupa uno de los terrenos en que comenzaron las construcciones a raíz de la fundación de San Petersburgo en las cercanías de la fortaleza y astilleros del Almirantazgo. El espacio de la plaza está flanqueado de edificios monumentales.

Para finalizar, algunas curiosidades. Todas las puertas abren para fuera; la gente es atenta pero dominan muy poco el inglés, y encima no lo reconocen, por lo que si preguntas algo te pueden mandar en la dirección contraria; prácticamente no existe información sobre nada en español; la gente despótica del gobierno pero eso no es ninguna novedad; comprobé que en el mes de mayo, comienza a clarear el día a la 4,30 horas, a punto ya de producirse lo que se conoce como las famosas “noches blancas”; absolutamente recomendable ajustar el precio previamente con los taxistas; si llueve, prepárate a mojarte, el viento del báltico resulta insalvable y hace que el agua entre en un oblicuo que hace que acabes calándote hasta los huesos; el edificio histórico de la oficina central de correos, con su marca del kilómetro “0”, me transportó al mejor texto de Kafka; quedan dos estatuas de Lenin en toda la ciudad; evidente auge de las tiendas para turistas y mercadillos que venden, sobre todo, matrioskas, seguidas muy de cerca por los huevos inspirados en el diseño de la Casa Fabergé; se puede fumar en todos los sitios; dicen que el plato más típico es la sopa borsch, que a mí no me deslumbró; por último, los canalones de los desagües me llamaron la atención por sus desacostumbradas proporciones, prueba de lo que deben largar los cielos en algunas épocas del año.

Ya con mi sueño realizado gracias a circunstancias de la vida, esforzada todo hay que decirlo, puedo asegurar, desde el recuerdo todavía cercano, que San Petersburgo es una de las ciudades más bellas del mundo que he alcanzado a ver. Buena prueba de que luchar por los sueños merece la pena.